

## *Macondo: el cosmos de Gabriel García Márquez*

David Mauricio Castillo Aguirre\*

Damián André Granda Vélez\*\*

**Resumen:** Este trabajo realiza un acercamiento al cosmos que sostiene y contiene la obra con la que el Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, (re)definió la estirpe latinoamericana: Macondo. Por medio del cuento “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo” se propone redescubrir la rocambolesca obra del autor y desentrañar el código oculto tras sus letras. Para tales fines, se utiliza el método análisis-síntesis, por medio del cual es posible descomponer el cuento para leerlo, conectarlo con la novela “Cien años de soledad” y, posteriormente, recomponerlo de forma novedosa. Finalmente, se esbozan algunas conclusiones sobre el cuento y se invita al lector a participar del realismo mágico que entraña.

**Palabras clave:** García Márquez, Macondo, Isabel, monólogo, lluvia

**Abstract:** This work approaches the cosmos that sustains and contains the work with which the Nobel Prize in Literature, Gabriel García Márquez, (re)defined the Latin American lineage: Macondo. Through the story "Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo" (Isabel's monologue while watching it rain in Macondo), the aim is to rediscover the author's bizarre work and unravel the code hidden behind its lyrics. For such purposes, the analysis-synthesis method is used, by means of which it is possible to decompose the story to read it, connect it with the novel "One Hundred Years of Solitude" and, subsequently, recompose it in a newly developed way. Finally, some conclusions about the story are sketched and the reader is invited to participate in the magical realism it entails.

**Keywords:** García Márquez, Macondo, Isabel, monologue, rain

---

\* [dmcastilloa@profesores.uhemisferios.edu.ec](mailto:dmcastilloa@profesores.uhemisferios.edu.ec)

Universidad Hemisferios

\*\* [dagranda@estudiantes.uhemisferios.edu.ec](mailto:dagranda@estudiantes.uhemisferios.edu.ec)

Universidad Hemisferios

## 1. Vivir para contarla: introducción y *methodus*.

*“Fue un crepúsculo prematuro, suave y lúgubre, que creció en medio del silencio de los guajiros que se acucillaron en las sillas, contra las paredes, rendidos e impotentes ante el disturbio de la naturaleza.”*

*Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo*

Gabriel García Márquez.

“Escribir es enfrentarse al monstruo que es la escritura” (García Márquez, Entrevista para la promoción del libro *Noticia de un secuestro*, 1996). Así fue como García Márquez definió la vocación de ser escritor en una entrevista con Iñaki Gabilondo. Una pasión que se desarrolla en la narrativa latinoamericana de la generación del *boom*, inaugurada por el propio autor tras el éxito de “Cien años de soledad” en Europa; factor que hizo regresar la mirada de los literatos del viejo continente al sur de América y que le otorgó el Premio Nobel de Literatura por su aporte a las letras universales (Cueva, 1982).

García Márquez dedicó gran parte de su vida a la vocación de periodista. De esta destacan trabajos como “El relato de un naufrago” o “Noticias de un secuestro”. Además, su aclamada bibliografía está compuesta por diez novelas, cuatro antologías de cuentos, y tres relatos literarios de no ficción donde destacan la soledad, la muerte, los sueños y, sobre todo, la construcción de su escenario ficticio más importante: Macondo, el cosmos que creó para (re)escribir, mediante su realismo mágico, la historia de la estirpe latinoamericana.

Algunos de los grandes autores en la historia de la literatura universal se caracterizan por la creación de personajes inolvidables. Sir Arthur Conan Doyle, por ejemplo, nos entregó a Sherlock Holmes; Miguel de Cervantes, a Don Quijote; Oscar Wilde, a Dorian Grey; y, Mary Shelley, al doctor Frankenstein. Por su parte, en la obra de García Márquez, la creación más excelsa no radica en sus increíbles personajes, sino más bien en el mundo que creó para que vivan: Macondo. En este trabajo proponemos explorar este mundo que, para sorpresa de muchos, trasciende la novela “Cien años de soledad”, y aparece de manera previa en el cuento que nos ocupa.

Este artículo es consecuencia de una investigación teórica que se desarrolla a través de fuentes doctrinarias y literarias abstractas. Su propósito es (re)construir, sobre la base del pensamiento lógico, el núcleo teórico del mensaje literario oculto tras las letras de la obra de Gabriel García Márquez (Villabella, 2009, 926). El método que utiliza es análisis-síntesis, por medio del cual se descompone el objeto que se estudia —el cuento de García Márquez— para luego recomponerlo a partir de la integración de sus elementos y “destacar el sistema de relaciones existente entre las partes y el todo” (Villabella, 2009, 937). El análisis permite dividir el cuento en los aspectos o cualidades que lo componen, con el fin de analizar cada uno por separado. La

síntesis, en contraposición, permite integrar el objeto para obtener una comprensión general, novedosa, del cuento analizado.

## 2. Macondo: Génesis, Éxodo y Apocalipsis.

La literatura nos permite habitar pieles, lugares, ficciones asombrosas de escritores que resultan tan carnales como sus lectores. Gabriel García Márquez, un niño nacido en Aracataca, tuvo una infancia convencional que consistía en escuchar relatos de guerra contados por su abuelo, el coronel Nicolás Ricardo Márquez, o historias de su abuela, Tranquilina Iguarán Cortés. En uno de sus tantos paseos acompañando a su abuelo, el pequeño Gabriel miró por la ventana de su asiento en el tren de regreso a su hogar el nombre de una plantación de banano impreso en lata: Macondo (Horta, 2017). Ese nombre quedaría sepultado en su memoria hasta finales de los años cuarenta cuando, convertido en adulto, bautizaría al escenario ficticio más icónico de su obra como esa finca remota del caribe colombiano.

En la gala del Premio Nobel de Literatura de 1982, donde García Márquez recibió el galardón por su obra “Cien años de soledad”, el escritor sueco, Lars Gyllensten, estuvo a cargo del discurso introductorio donde la academia justificaba su elección:

Sus grandes novelas nos llevan a pensar en William Faulkner. García Márquez ha creado un universo propio. El mundo que rodea a Macondo, el pueblo inventado por él. Desde finales de la década de 1940, sus novelas y cuentos nos arrastran a ese extraño lugar donde se dan cita lo milagroso y lo más puramente real. El espléndido vuelo de la propia fantasía, fabulaciones desmedidas y hechos concretos que surgen del fondo del pueblo, alusiones literarias, gráficas descripciones, palpables y a veces opresivas, realizadas con precisión. (Gyllensten, 1983, pág. 6)

La reflexión de Gyllensten condensa el sentir de los autores del presente artículo. ¿Qué otra cosa habría en Macondo sino milagros fantásticos y reales? Un profundo abismo lleno de color y pasión latinoamericana. La infancia de un niño cataquero expuesta por la pluma de su talento irrepetible madurado en la adultez. Esta facultad innata para contar historias lo lleva a ser comparado, por Gyllensten, con Faulkner y Balzac:

Como Faulkner, o por qué no un Balzac, los mismos protagonistas y personajes secundarios aparecen en diversas narraciones. Son expuestos a una luz de diversas formas —unas veces en situaciones dramáticamente reveladoras, otras en peripecias cómicas y grotescas de tal especie—, que únicamente pueden ser inventadas por la más arrolladora fantasía o la desvergonzada realidad. (Gyllensten, 1983, pág. 6)

Este contraste no debería resultar extraño, puesto que el propio García Márquez reconoció a Faulkner como su maestro en el discurso de aceptación al Premio Nobel de Literatura: “La soledad de América Latina”. El escritor proveniente del sur de los Estados Unidos tiene, como lo expuso Gyllensten, varias similitudes en cuanto a construcciones narrativas y desarrollo de personajes, sin embargo, la semejanza más enriquecedora es la creación de su propio proyecto ficcional capaz de

soportar el peso de sus extraordinarias imaginaciones. Macondo, que es en esencia Aracataca, también es semejante al condado de Yoknapatawpha y cuya capital es Jefferson, siendo estos una equivalencia a Mississippi y a la ciudad de Oxford. Ambas representan la universalidad de lo doméstico. Sherwood Anderson, autor sureño contemporáneo a Faulkner, le recomendó escribir sobre lo que conoce; Faulkner tomó esto como una revelación y centró su bibliografía en el sur estadounidense. A través de esta herencia faulkneriana, García Márquez también se propone escribir sobre lo que conoce: el caribe colombiano. Las guerras y batallas que libró su abuelo como coronel y la fantasía encarnada en las leyendas del pueblo de su abuela.

Fuera de la reflexión propuesta en la gala del Premio Nobel, que tuvo como protagonista a García Márquez, la comparación no se detuvo con su declarado maestro. En el artículo “La creación del espacio trágico en la obra de Gabriel García Márquez: una lectura sofoclea” escrito por Montserrat Reig Calpe, podemos apreciar una dicotomía entre García Márquez y las tragedias de Sófocles:

La influencia de Sófocles y, concretamente, de las tragedias tebanas en la obra de García Márquez se manifiestan a niveles diversos: en la construcción de la trama, en la elaboración del personaje tiránico, en los temas de la violencia y el destino y, por supuesto, en el tratamiento del tiempo y del espacio. (Reig Calpe, 2012, pág. 43)

Lo místico de Macondo comprende gran parte de las historias escritas por García Márquez, puesto que solamente hay dos novelas que no ocurren en esta creación (fuera de sus trabajos periodísticos novelizados): “La mala hora” y “El coronel no tiene quién le escriba” (Hazera, 1973, pág. 471). Podríamos agregar “El general en su laberinto” por ser una novela histórica. A partir de lo expuesto por Reig Calpe, lo narrado en estas ficciones contienen una influencia innegable de las tragedias griegas. Además, el componente teológico deja de ser determinante, porque lo mágico ocupa más espacio en el devenir de la trama, pero por supuesto que no hay forma de excluir a la religión, ni de Macondo, ni de la obra de García Márquez, por ser un autor latino altamente influenciado. De esto nos habla Gerald Marín en su obra “Gabriel García Márquez, una vida.”

(En Latinoamérica) terminamos por ser un laboratorio de ilusiones fallidas. Nuestra mayor virtud es la creatividad y, sin embargo, no hemos hecho mucho más que vivir de doctrinas recalentadas y guerras ajenas, herederos de un Cristóbal Colón desventurado que nos encontró por casualidad cuando andaba buscando las Indias. (Martín, 2009, pág. 593)

Al referirse a “doctrinas recalentadas”, el factor religioso puede ser un compuesto. América era un territorio indígena ajeno al resto de civilizaciones. García Márquez fue un aficionado a los relatos de Pigafetta, navegante que acompañó a Magallanes en el primer viaje por el mundo, que después contaría en sus crónicas sobre las —ahora— mal llamadas indias, y en su discurso “La soledad en América latina” lo trae a colación: “Contó [Pigafetta] que aquel primer nativo que encontraron en

la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen” (García Márquez, *La soledad en América Latina*, 2014). Es a partir de la relación genética de Macondo con relatar el principio de los tiempos, que García Márquez va tejiendo acontecimientos importantes de la historia.

En la novela “Cien años de soledad”, el escritor pretendió comprender el Génesis, Éxodo y Apocalipsis. Basta con leer el primer párrafo para entender que estamos aconteciendo el origen de todo.

Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo. (García Márquez, *Cien años de soledad*, 2014, pág. 9)

En virtud de saber, apenas por sus primeras palabras, que atendemos a la historia que contará el desarrollo del mundo, no supone descabellado vaticinar que nos encontraremos con un espejo hechizado de realismo mágico que refleje hechos históricos. De esto nos habla García Dussán en su artículo “Reflejos de la identidad social en la cuentística de Gabriel García Márquez.”

(...) *Cien años de soledad* actúa como una pócima contra la amnesia, recreando de forma disimulada los estallidos y contradicciones nacionales, y gestando el compromiso con la palabra para insinuar desde allí nuestra naturaleza social, también es cierto que ese mismo propósito se puede palpar desde las primeras producciones literarias de García Márquez las cuales aparecen bajo forma textual de cuentos. (García Dussán, 2015, pág. 78)

Siendo el estudio de García Dussán enteramente doméstico, nuestro intento en el presente artículo será abordar Macondo desde la narrativa universal. Presentarle al lector una visita a este sello de correos<sup>2</sup> propio de Gabriel García Márquez. Para ello, utilizaremos el cuento “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo”, publicado en 1955 y siendo la segunda vez que aparece en toda la bibliografía del escritor colombiano (Horta, 2017). Desmenuzaremos eventos puntuales en el relato para demostrar que Macondo es —incluso en esta avanzada modernidad— el lugar donde las mancias arcanas ocurrieron en su más real y auténtica expresión y, a la vez, aquel lugar en el mundo en el que habita una herencia que caracteriza a los latinoamericanos: la sutil mezcla entre la ficción —escondida en forma de magia— y la realidad.

---

<sup>2</sup> William Faulkner llamaba a su condado imaginario Yoknapatawpha “mi pequeño sello de correos”. Al ser García Márquez discípulo de Faulkner, y Macondo la equivalencia a ese condado ficticio, podemos permitirnos esta semejanza. Véase: “De Yoknapatawpha a Macondo: Faulkner y García Márquez en perspectiva.” Ponencia auspiciada por Casa América.

### 3. Isabel viendo llover en Macondo.

Macondo, como se referenció en el apartado introductorio, fue, en un principio, una aldea pequeña de veinte casas. En la primera oración del cuento presto a analizar, García Márquez nos brinda contexto de la época: “El invierno se precipitó un domingo a la salida de misa” (García Márquez, *Ojos de perro azul*, 2014, pág. 173). La otrora reducida civilización ahora alberga, probablemente, una comunidad mucho más grande o lo suficiente para formar una congregación católica que demande una iglesia. Son hombres y mujeres saliendo de recibir el sermón que se dan cuenta, por lo vientos arrolladores, la presencia de una lluvia ansiada tras meses de calor sofocante.

Después de misa, antes de que las mujeres tuviéramos tiempo de encontrar el broche de las sombrillas, sopló un viento espeso y oscuro que barrió en una amplia vuelta redonda el polvo y la dura yesca de mayo. Alguien dijo junto a mí: «Es viento de agua». Y yo lo sabía desde antes. (...) Entonces llovió. Y el cielo fue una sustancia gelatinosa y gris que aleteó a una cuarta de nuestras cabezas. Durante el resto de la mañana mi madrastra y yo estuvimos sentadas junto al pasamano, alegres de que la lluvia revitalizara el romero y el nardo sedientos en las macetas después de siete meses de verano intenso, de polvo abrasante. (García Márquez, *Ojos de perro azul*, 2014, pág. 173)

Isabel, viendo llover en Macondo junto a su madrastra, y reconociendo el buen augurio, se entrelaza con los eventos de “Cien años de soledad”, donde los Buendía Iguarán temen que su legado nazca con cola de cerdo; situación que, en un inicio, no ocurre, y su primogénito José Arcadio alumbra sin ningún tipo de metamorfosis. En este evento, la lluvia no figura como el diluvio que sería después, sino como fuente de vida, revitalizando las plantas, aligerando el clima. Isabel mira relajada y entusiasmada las aguas diáfanas sobre su huerta y su padre le comenta: “«Cuando llueve en mayo es señal de que habrá buenas aguas». Y mi padre sonrió. Y almorzó con buen apetito y hasta tuvo una entretenida digestión junto al pasamano, silencioso, con los ojos cerrados, pero sin dormir, como para creer que soñaba despierto” (García Márquez, *Ojos de perro azul*, 2014, pág. 174).

Como les ocurrió a los Buendía Iguarán, y probablemente a todas las familias que habitaban Macondo, la dicha y buena fortuna caducan. Graduales en su decadencia. Para Isabel, fueron apenas días para darse cuenta de que la lluvia apaciguante empezaba a ser incómoda.

Mi madrastra y yo volvimos a contemplar el jardín. La tierra áspera y parda de mayo se había convertido durante la noche en una sustancia oscura y pastosa, parecida al jabón ordinario. Un chorro de agua comenzaba a correr por entre las macetas. «Creo que en toda la noche han tenido agua de sobra», dijo mi madrastra. Y yo advertí que había dejado de sonreír y que su regocijo del día anterior se había transformado en una seriedad laxa y tediosa. «Creo que sí —dije—. Será mejor que los guajiros las pongan en el corredor mientras escampa.» Y así lo hicieron, mientras la lluvia crecía como un árbol inmenso sobre los árboles. (García Márquez, *Ojos de perro azul*, 2014, pág. 174)

La lluvia dejó de ser atractiva para la vista y comenzó a tornarse incómoda por incesante. El diluvio empezaba a vaticinar sus corrosivos intereses, ahogando a las plantas sin apenas pista de querer detenerse. En la obra de García Márquez, la lluvia es un símbolo plural. En ciertas partes representa la melancolía, por ejemplo: en la novela “El amor en los tiempos del cólera”, la lluvia aparece para simbolizar el dolor que Florentino Ariza siente cuando se aleja de Fermina Daza. Por otra parte, se presenta como la soledad desafiante en “Cien años de soledad”, incluso más terrible y letal. En el cuento que nos ocupa, avanza con paso bravo en el transcurso de los días, sofocando los romeros y el estado de los familiares de Isabel. Su padre, quién disfrutó el precipitar de las gotas contra el suelo, ahora se ve abrumado y enfermo por el incesante diluvio. “«Debe ser que anoche dormí mal, porque me ha amanecido doliendo el espinazo». Y estuvo allí sentado contra el pasamano con los pies en una silla y la cabeza vuelta hacia el jardín vacío. Sólo al atardecer, después que se negó a almorzar, dijo: «Es como si no fuera a escampar nunca»” (García Márquez, Ojos de perro azul, 2014, pág. 175). Pasan por lo menos cinco meses de intensa lluvia. García Márquez lo deja enterver con el embarazo de Isabel.

Llovió durante todo el lunes, como el domingo. Pero entonces parecía como si estuviera lloviendo de otro modo, porque algo distinto y amargo ocurría en mi corazón. «Es aburridora esta lluvia». Sin que me volviera a mirar, reconocí la voz de Martín. Sabía que él estaba hablando en el asiento del lado, con la misma expresión fría y pasmada que no había variado ni siquiera después de esa sombría madrugada de diciembre en que empezó a ser mi esposo. Habían transcurrido cinco meses desde entonces. Ahora yo iba a tener un hijo. (García Márquez, Ojos de perro azul, 2014, pág. 175)

Sabemos que antes de que este diluvio acose Macondo, se dieron siete meses de incesante verano. Ahora, podemos intuir que la lluvia se ha extendido incluso más tiempo. Cinco meses del matrimonio de Isabel con Martín, y no queda claro cuánto hace del domingo que cayeron por primera vez las aguas. En el libro del Génesis se referencia la duración del diluvio universal: 40 días y 40 noches. Macondo, tan inmensa como Pangea, y mágica como solo la imaginación puede, extiende su lluvia copiosa durante mucho más tiempo. Tanto que las plantas y árboles empiezan a ahogarse: “Lo que me parece demasiado triste es el jardín vacío y esos pobres árboles que no pueden quitarse del patio” (García Márquez, Ojos de perro azul, 2014, pág. 176). La huerta de los protagonistas es un reflejo de su situación. La lluvia los ha condenado tanto como a sus plantas, reteniéndolos en un claustro impuesto y exprimiendo su aislamiento con hostigosos torrenciales que sumergieron las calles.

En la casa había cesado toda actividad. Nos sentamos en el corredor, pero ya no contemplábamos la lluvia como el primer día. Ya no la sentíamos caer. Ya no veíamos sino el contorno de los árboles en la niebla, en un atardecer triste y desolado que dejaba en los labios el mismo sabor con que despierta después de haber soñado con una persona desconocida. (García Márquez, Ojos de perro azul, 2014, pág. 176)

La familia de Isabel se ve contenida —encerrada— en su casa por el aguacero. Deprimida y desesperanzada por dejar de escuchar el horroroso sonido. Parte del encantamiento que caracteriza el cuento es encontrar los hechos absurdos que rodean a los personajes. Absurdos y precisamente reales. Cuántas sombras habremos visto en atardeceres lúgubres. Cuánta niebla no se alza sobre los aguaceros que penetran el asfalto hirviente. Cuántas veces habremos deseado que el cielo escampe y poder movernos con libertad sobre los prados húmedos entre el viento apaciguante. Esto es una de las constantes en la obra del autor; enseñar el trópico caribeño en facetas extremas como conductor en la trama de algunos cuentos (Marín Colorado, 2012). Para García Márquez, el monótono acontecimiento deja a los personajes fuera de sí, a la espera de lo peor. Este diluvio puede ser considerado el retrato mágico del diluvio universal narrado en la Biblia. Puesto que este mismo acontecimiento aparece en “Cien años de soledad”, cuando Úrsula menciona a Aureliano Segundo: “Nada más estoy esperando que pase la lluvia para morirme” (García Márquez, Cien años de soledad, 2014, pág. 363).

El cielo uniforme hace de Macondo un manicomio encantado. Tanto así que la percepción del tiempo es difusa como la bruma que cubre el hogar de Isabel. “Ese día perdimos el orden de las comidas. Mi madrastra sirvió a la hora de la siesta un plato de sopa simple y un pedazo de pan rancio. Pero en realidad no comíamos desde el atardecer del lunes y creo que desde entonces dejamos de pensar” (García Márquez, Ojos de perro azul, 2014, pág. 177). El grisáceo color de las nubes perpetuas llorando sobre la desgracia de los demás hace que el tiempo quede reducido a un recuerdo. Los atardeceres son ya una invención de antiguos residentes de un mundo colorido. Las lluvias socaban en la cordura de los maldecidos a padecer este diluvio, desvariados y renegados al regreso de la primavera.

Los días o meses pasan con el aguacero acosando a Isabel y su hogar. Hacia el final del cuento, García Márquez orilla a sus personajes a vivir un trato confuso de la realidad. Tanto es el caso de la madrastra de Isabel, quien, perdida de sí, deambula por su casa escuchando la lluvia rasgar las tumbas de los muertos e inundando las calles de cadáveres.

Mi madrastra apareció en el vano de la puerta, con la lámpara en alto y la cabeza erguida. Parecía un fantasma familiar ante el cual yo no sentía sobresalto alguno porque yo misma participaba de su condición sobrenatural. (...) Estaba frente a mí, con el rosario en la mano, diciendo: «Ahora tenemos que rezar. El agua rompió las sepulturas y los pobrecitos muertos están flotando en el cementerio». (García Márquez, Ojos de perro azul, 2014, págs. 179-180)

Tal es la frustración, que la dimensión de todo lo sórdido que puede cosechar la locura del encierro y el sonido llenan a la protagonista de profundo horror. “Aterrorizada, poseída por el espanto y el diluvio, me senté en el mecedor con las piernas encogidas y los ojos fijos en la oscuridad húmeda y llena de turbios pensamientos” (García Márquez, Ojos de perro azul, 2014, pág. 179). Borrero



Blanco hace una aclaración en cuanto al comportamiento de los personajes de García Márquez: “Sus personajes son tan humanos que tienen sueños y presentimientos; son tan reales que tienen incluso pesadillas y hasta signo zodiacales” (Borrero Blanco, 2010, pág. 331). El entorno comprende el factor místico; lo real siempre viene de los protagonistas. De sus anécdotas.

El monólogo de Isabel va encontrando rincones más oscuros de su conciencia antes del desenlace. Ella va desconociendo, como sus familiares, el olor de sus plantas. El sueño pierde significado; duerme días enteros creyendo haber descansado. Deambula por un limbo de realidad y fantasía que también invaden al lector. “No sé cuánto tiempo estuve hundida en aquel sonambulismo en que los sentidos perdieron su valor” (García Márquez, Ojos de perro azul, 2014, pág. 181). A propósito de esta cita, Conrado Zulaga adelanta una característica de la narrativa en García Márquez: “Durante el sueño, que tanto interesa a García Márquez, el cerebro trabaja en un *modus operandi* que comparte con otros estados de conciencia, como el trance creativo, el efecto narcótico, o los estados intermedios entre el sueño y la vigilia” (Zuluaga Osorio, 2003). Fue Isabel, ensordecida por la lluvia, quien confundió la realidad a su alrededor. Martín, su esposo, constantemente trata de hacer que se despreocupe de las alucinaciones que tiene (como oler a los muertos de los que su madre habla). Y es precisamente gracias a este trance, que divaga entre lo real y lo imaginario, que Isabel presiente el tan ansiado escampar.

Sólo sé que después de muchas horas incontables oí una voz en la pieza vecina. Una voz que decía: «Ahora puedes rodar la cama para ese lado». Era una voz fatigada, pero no voz de enfermo, sino de convaleciente. Y súbitamente sentí el corazón convertido en una piedra helada. «Estoy muerta —pensé—. Dios. Estoy muerta.» Di un salto en la cama. Grité: «¡Ada, Ada!». La voz desabrida de Martín me respondió desde el otro lado: «No pueden oírte porque ya están afuera». (García Márquez, Ojos de perro azul, 2014, pág. 182)

Isabel pensó, por la voz encarnada que escuchó entre sueños, que su momento había llegado. Este devenir entre estados difusos es también una tradición en el autor. Jacques Joset nos dice: “Algunos de los temas que García Márquez toma en sus obras son: (...) sobre todo, el sueño y la muerte que suele manejar como estados intercambiables que, además, aparecen asociados al olvido” (Joset, 1984, pág. 21). En “Cien años de soledad” nos enteramos de que el diluvio al que Isabel narró duró cuatro años, once meses y dos días (García Márquez, Cien años de soledad, 2014, pág. 375). Gracias a este dato, entendemos las últimas líneas del monólogo: “«Dios mío —pensé entonces, confundida por el trastorno del tiempo—. Ahora no me sorprendería que me llamaran para asistir a la misa del domingo pasado»” (García Márquez, Ojos de perro azul, 2014, pág. 182). Fueron cuarenta y ocho meses los que Isabel vio llover en Macondo. Suficiente tiempo para caer presa de la locura y secuestrar su memoria al grado de no recordar nada desde el domingo en que el invierno se precipitó después de misa.

#### 4. Corolario.

El cuento que se analiza en este artículo y, por tanto, la obra de García Márquez está hoy más vigente que nunca. Varios analistas literarios concluyen que Isabel en realidad está muerta; no obstante, los responsables de estas líneas consideramos que se trata más bien de una alegoría acerca del encierro: tan anómalo como él mismo, capaz de jugar con la mente de Isabel hasta hacer que pierda la noción del tiempo. Lo que comienza como una lluvia esperanzadora, muta en la causa de un mortífero encierro. La casa, que antes era refugio, se transforma en una prisión; y, su intransigente cancerbero, en forma de un fenómeno de la naturaleza, no está dispuesto a dar tregua. Los sucesos pierden sentido lógico. Los miembros del hogar desvarían. Isabel representa la angustia de la espera y, sonámbula, se enfrenta a sí misma trastornada por el tiempo de encierro.

En medio de este relato emerge la imponente figura de Macondo. La conexión entre el monólogo de Isabel y “Cien años de soledad” permite que el lector se acerque de manera previa a la obra más importante de García Márquez. Por medio de los ojos de Isabel, es posible conocer la magia escondida en Macondo. El autor nos muestra un avance de lo que termina siendo su cosmos; ese universo que ingenió para pensarse a sí mismo y, en unidad de acto, reescribir un pedazo de la historia latinoamericana. En cierta medida, todos habitamos en Macondo y, al mismo tiempo, llevamos impregnada en nuestra alma el realismo mágico.

El presente artículo constituyó una excusa y un homenaje. Un homenaje, porque, a través del cuento “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo”, descubrimos y elogiamos el legado del cosmos que Gabriel García Márquez creó para (re)descubrir América Latina: Macondo. Una excusa porque los autores, encantados por la inefable obra del autor, decidimos postergar el análisis de “Cien años de soledad” para dar un primer vistazo al realismo mágico del autor a través de los ojos de Isabel.

La literatura se cuece sobre los sueños, las anécdotas y el esfuerzo ligado al talento y a la necesidad de resistir las vicisitudes del espíritu. Aquellos lugares dolorosos, grises y lúgubres que inundan el corazón de las pasiones dignas de ser sembradas en pluma y cosechada en lectores. En esencia, el viaje de Isabel es transversal a la facultad humana de sobrevivir. Renegar nuestra condición mortal sosteniéndonos como juncos en huracanes. El esperanzado sueño del que Gabo habla en “La soledad en América Latina” se reflejaba ya en el monólogo (es decir, veinte y siete años antes). El calvario abandonado de nuestro arrabal que fue colonizado y por el que decidimos luchar, para luego ser olvidados por nuestros invasores. García Márquez vio llover sobre sus abuelos y vio llover sobre sí mismo. Y, como Isabel, probablemente haya necesitado desvanecerse en un sueño en espera de que haya escampado sobre los suelos latinos. Despiértalo si a bien tienes,

querido lector, y cuéntale si es que por fin las aguas empiezan a menguar. ¿De qué manera? Leyendo su obra y reflexionando, como hemos tratado nosotros en este artículo.

No podríamos decir que uno deja Macondo. Como la mansión de los Buendía Iguarán, la obra de Gabriel García Márquez ha sido nuestra casa. Un hogar al que podemos acudir para comprender los sortilegios de la literatura contemporánea en nuestra región. El lugar mágico por excelencia del que todos estamos agradecidos y en donde Gabo depositó gran parte de su fe en un mundo más justo. Una ficción esperanzada donde los diluvios tenían final; "... una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir. Donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra" (García Márquez, *La soledad en América Latina*, 2014). Gabriel García Márquez es una estrella mágica y brillante en el firmamento de la literatura, que nos mirará por siempre desde arriba.

### Referencias:

- Borrero Blanco, M. (2010). *El pensamiento mágico en la obra de Gabriel García Márquez*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.
- Cueva, A. (1982). El escritor en su laberinto. En G. García Márquez, *El coronel no tiene quien le escriba y Cien años de soledad* (págs. 9-32). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- García Dussán, É. (2015). Reflejos de la identidad social en la cuentística de Gabriel García Márquez. *Estudios de Literatura Colombiana*, 77-100.
- García Márquez, G. (1996). Entrevista para la promoción del libro *Noticia de un secuestro*. (I. Gabilondo, Entrevistador) Barcelona. Obtenido de <https://centrogabo.org/gabo/gabo-habla/gabriel-garcia-marquez-escribir-es-enfrentarse-al-monstruo-de-la-escritura>
- García Márquez, G. (2014). *Cien años de soledad*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- García Márquez, G. (2014). La soledad en América Latina. *Educere*, 167-170. Obtenido de <https://www.redalyc.org/pdf/356/35631103020.pdf>
- García Márquez, G. (2014). *Ojos de perro azul*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Gyllensten, L. (1983). Discurso de apertura a la gala del Premio Nobel de Literatura 1982. En G. García Márquez, *La Soledad en América Latina. Brindis por la poesía*. (págs. 3-5). Cali: Corporación Editorial Universitaria de Colombia.
- Hazera, L. D. (1973). Estructura y temática de "La mala hora" de Gabriel García Márquez. *Thesaurus*, 471-481.
- Horta, D. M. (01 de 08 de 2017). *Revista digital de periodismo y literatura*. Obtenido de WMagazín: <https://wmagazin.com/genesis-y-presencia-de-la-palabra-macondo-en-la-obra-de-garcia-marquez/#:~:text=Cuando%20Garc%C3%ADa%20M%C3%A1rquez%20le%20puso,q ue%20se%20public%C3%B3%20en%201955.>
- Joset, J. (1984). *Gabriel García Márquez: Coetáneo de la eternidad*. Amsterdam: Rodopi.

- Marín Colorado, P. A. (2012). La narrativa de Gabriel García Márquez vista por Ángel Rama y la recepción de su crítica en Colombia. *Estudios de literatura colombiana*, 109-128.
- Martin, G. (2009). *Gabriel García Márquez, una vida*. Barcelona: Random House Mondadori.
- Rama, Á. (1991). *La narrativa de Gabriel García Márquez: Edificación de un arte nacional y popular*. Veracruz: Colcultura.
- Reig Calpe, M. (2012). La creación del espacio trágico en la obra de Gabriel García Márquez: Una lectura sofóclea. *Memoria Académica*, 43-61.
- Villabella Armengol, C. (2012). *La metodología de la investigación y comunicación jurídica*. La Habana: Félix Varela.
- Zuluaga Osorio, C. (2003). Un extraño llamado Gabriel García Márquez. En C. Kline, *Los orígenes del relato: los lazos entre ficción y realidad en la obra de Gabriel García Márquez* (págs. 9-12). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.